

## **Cultura política en contextos de violencia criminal: una propuesta teórico-metodológica**

### **Political culture in contexts of criminal violence: a theoretical-methodological proposal**

**Autores: Víctor Hugo Gaytán Martínez, Dr. Jesús Alberto Rodríguez Alonso**

El presente trabajo tiene por fin presentar un planteamiento sobre el estudio de la cultura política en contextos de violencia criminal. Las investigaciones sobre esta violencia han evidenciado su impacto en los campos sociales, económicos, psicológicos y políticos. En este último, particularmente, se ha encontrado relación de la violencia con el aumento de las protestas, las movilizaciones sociales, la desconfianza en las instituciones, la legitimización del uso de la fuerza y el autoritarismo, entre otras cuestiones. En este trabajo se propone, además de analizar el impacto de la violencia criminal sobre las dimensiones de la “cultura política”, identificar mecanismos explicativos y metodologías pertinentes para su estudio. La estructura del documento inicia, pues, con el planteamiento del problema y las posibles relaciones entre la cultura política y las implicaciones de la violencia criminal; posteriormente se plantea una pregunta de investigación y una posible hipótesis y, posteriormente se establecen los mecanismos que podrían retomarse para sostener la hipótesis planteada. En seguida, se circunscriben diversas metodologías por las cuales puede ser estudiado el problema y se plantea una conclusión con los elementos revisados.

## **Introducción. La cultura política y la violencia**

Aproximados a los 60 años desde los que se empezó a discutir con gran énfasis el tema de la cultura política como una categoría teórica-analítica de la ciencia política, su valor continúa. El término es plenamente utilizado en el campo de los estudios políticos, a veces intercambiable con el de cultura cívica, para diagnosticar el clima actitudinal, las prácticas y los símbolos de los diversos agentes políticos, en sus diversos espacios y contextos y con niveles de análisis distintos. Las referencias hacia una cultura política de la ciudadanía, o de una sociedad, las referencias hacia la cultura política de las élites, son ejemplos de que la cultura política puede analizarse en distintos sectores y, con ello, hacer ver la complejidad que distingue a las sociedades entre su historia y su presente. Los niveles analíticos individual, municipal, estatal, nacional e, incluso, internacional, proveen, igualmente, de una diversidad que nos permite concebir la complejidad que caracteriza a la cultura política como objeto de estudio.

Es razonable, por esto, que al trabajar con dicha categoría se le trate con precaución, en principio, al realizar generalizaciones en estudios amplios con encuestas nacionales, por ejemplo, las cuales son ya una tradición en este campo durante ya varios años, particularmente en México. En lustros posteriores en que los académicos Gabriel Almond y Sidney Verba fueran precursores del estudio comparado de la cultura política internacionalmente, se tuvo que hablar de la contextualización de la cultura, estableciendo un panorama favorable a su comprensión particularmente en cuanto a la pluralidad política que aportaban sectores o regiones de las naciones estudiadas. Tomaron relevancia, entonces, los estudios a nivel subnacional.

A propósito de las generalizaciones, dentro de las múltiples reflexiones sobre el estudio de aquellos académicos, surgieron críticas a nivel teórico y metodológico. En el primer nivel, el enfoque funcionalista estructural, base teórica de Almond y Verba para *La cultura cívica* (1970),<sup>1</sup> fue señalado especialmente por el planteamiento de que el sistema cultural condicionaba los demás sistemas y los comportamientos individuales (Ritzer: 1993), al tiempo que se dejaba de lado la relación dialéctica entre los diversos subsistemas social, político y económico y la capacidad de agencia de los individuos.

Desde luego, los autores reconsideraron la teoría inicial al asumir, años después, la relación entre estructura y sistema cultural con los comportamientos individuales en una

---

<sup>1</sup> La versión original, *The civic culture*, se publicó en 1963.

relación bidireccional (Almond: 1995). En realidad, lo que asumían eran relaciones causales, que implicaba solo un ajuste parcial de la teoría funcionalista sin tomar en cuenta el enfoque cultural de Clifford Geertz (2003).

Tales consideraciones teóricas tuvieron consecuencias en el plano metodológico. En este aspecto, la crítica estaba enfocada en la generalización realizada en países como México, un lugar poco conocido para los autores, y en la comparación de cinco países que sugerían, por su selección, sus propias conclusiones, tomando en cuenta la situación histórico-política en que se encontraban. Los casos se ajustaban a la clasificación propuesta (cultura política de parroquial, de súbdito y participativa) de forma que las conclusiones parecían incuestionables; así, por ejemplo, era evidente que México se clasificara en una cultura de súbdito debido al hecho mismo de que era una democracia menos desarrollada, por su carácter posrevolucionario y por ser una democracia que estaba constitucionalmente establecida, pero que no era ejercida, y que Inglaterra y Alemania se categorizaran como una cultura política participativa gracias a su experiencia predemocrática y la lealtad hacia sus instituciones (Almond y Verba: 1970).

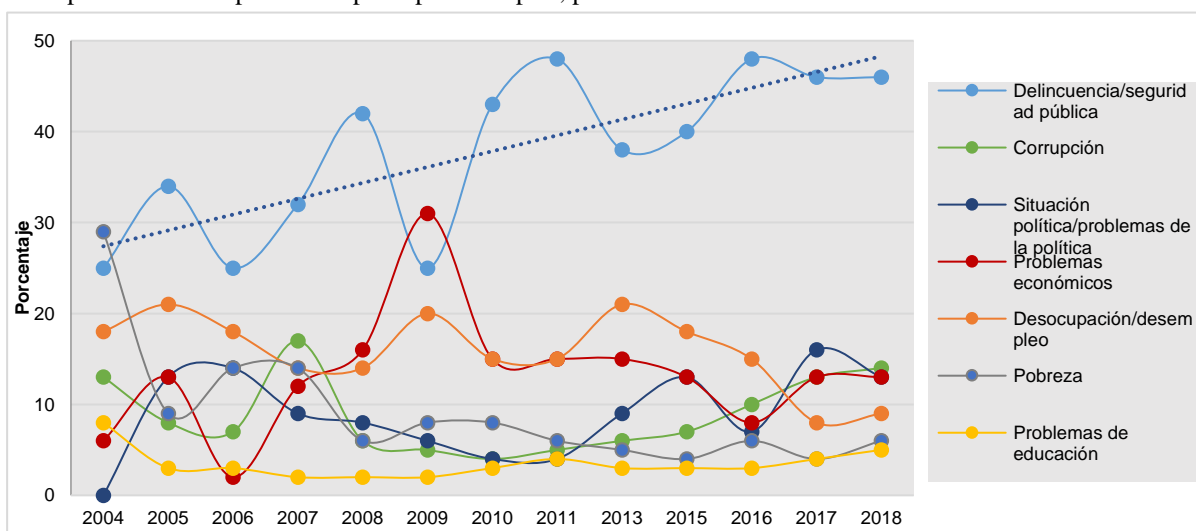
A partir de estas críticas, y de otras más, se tomó con mayor rigor el carácter metodológico y los alcances teóricos de la cultura política. Ahora ya no se habla con certeza de una cultura política nacional, pues llama la atención el contexto, el espacio subnacional, los grupos que los conforman, las regiones, etc. Además, se consideran otros factores sociales: el nivel socioeconómico, el grado de educación, los diversos medios de socialización (la familia, los medios de comunicación, el trabajo) y la influencia del gobierno y el sistema político. Las sugerencias más actuales sobre los estudios de la cultura política todavía se encuentran en esta situación: se enfocan en la cultura política a nivel nacional y subnacional y los diversos factores que pueden influir sobre ella (Hernández y Coutiño: 2019).

En la actualidad, la cultura política no es solo una condicionante (variable independiente, desde un enfoque positivista) y una causal de los comportamientos políticos, sino también un aspecto dependiente de factores y contextos varios. Recordando las dimensiones de la cultura política de Almond y Verba, que se constituía de orientaciones cognitivas, valorativas y sentimentales con relación al sistema político, el conocimiento, los juicios y evaluaciones y los sentimientos se piensan como dependientes del ambiente o contexto en que se desarrolla un ciudadano, las condiciones socioculturales, sus características psicológicas y de personalidad y su posición socioeconómica.

En términos más amplios, la cultura política como categoría situacional y que se condiciona por el contexto, ha tomado importancia la relación que tiene con la violencia, en especial, con la violencia criminal. En nuestro país, la violencia y la inseguridad son de interés y preocupación general, debido a su impacto y la evidencia que existe al respecto de que es uno de los problemas principales (Figura 1) que se padecen desde hace ya muchos años.

**Figura 1**

Percepción sobre los problemas principales del país, periodo 1995-2018

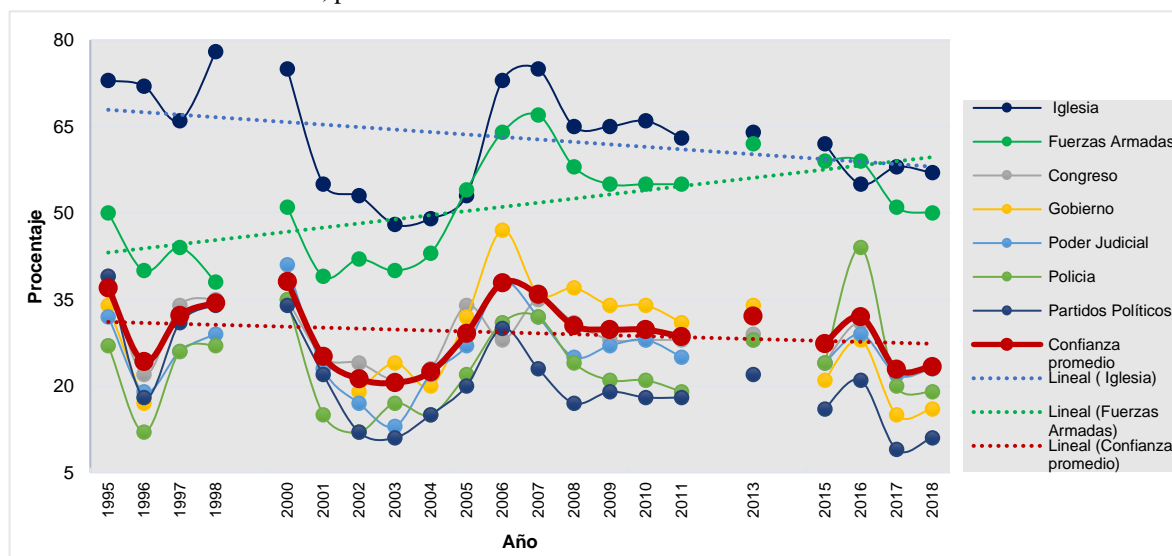


*Nota:* Se presentan porcentajes de personas que respondieron afirmativamente a la pregunta “En su opinión, ¿Cuál considera Ud. que es el problema más importante en el país?”. Los problemas se reclasificaron y otras fueron excluidas. Las categorías nuevas son: a) “Delincuencia/seguridad pública”, que contiene delincuencia/seguridad pública, violencia/pandillas y narcotráfico; b) “Problemas económicos”, que integra inflación/aumento de precios y la economía/problemas económicos/financieros; c) “Desocupación/desempleo”, integrada por inestabilidad en el empleo y desocupación/desempleo y d) “Pobreza”, constituida por bajos salarios, pobreza, mala distribución del ingreso/injusticia social. Se omitieron otras categorías no clasificables, de acuerdo con los intereses del análisis, con porcentajes iguales a 1 y 2%. Adaptado de *Problema más importante del país*, por Latinobarómetro, 2004-2018, <https://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp>

Muchas de las protestas, de las movilizaciones, del hartazgo, surgen a partir de este problema. Hay un clima de desconfianza mayor porque el gobierno no soluciona los problemas, mientras las personas intentan resolverlo por su propia mano. En la figura 2, por ejemplo, se observa que la confianza promedio de todas las instituciones, aunque de forma mínima, tiene una tendencia negativa.

**Figura 2.**

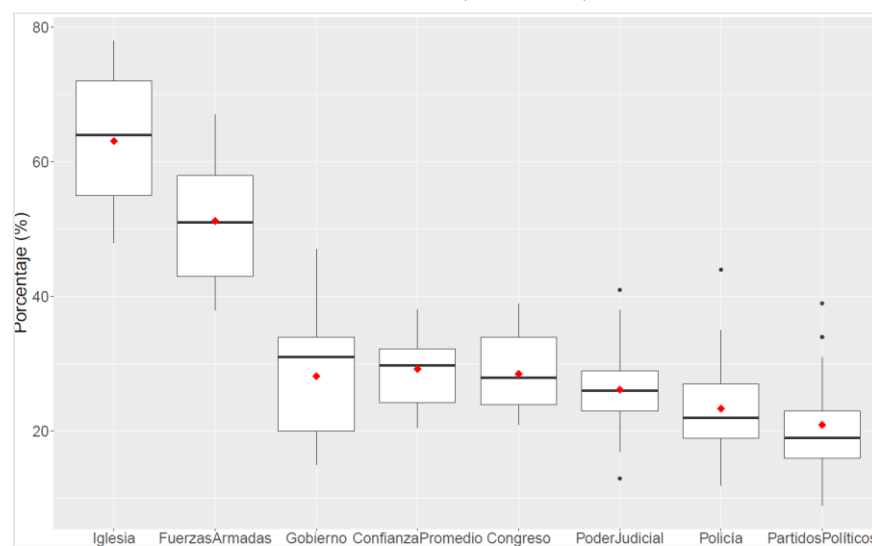
Confianza en las instituciones, periodo 1995-2018



Nota: Para obtener la confianza por institución, se sumaron los porcentajes de “Mucha confianza” y “Algo de confianza” por año. Adaptado de *Confianza en las instituciones*, por Latinobarómetro, 1995-2018, <https://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp>

**Figura 3**

Confianza en las instituciones en México (1995-2018)



Nota. Para obtener la confianza por institución, se sumaron los porcentajes de “Mucha confianza” y “Algo de confianza” anuales, de 1995 a 2018. Se presenta gráfica de cajas. El punto rojo indica el promedio de confianza, medido en porcentajes. La línea horizontal que divide las cajas indica la mediana. Los puntos fuera de los límites de las cajas se pueden considerar como datos atípicos. Las cajas más alargadas indican una mayor variación y distancia entre los datos anuales. Adaptado de *Confianza en las instituciones*, por Latinobarómetro, 1995-2018, <https://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp>

Al igual, parece haber dos grupos de confianza sobre las instituciones, donde, si ubicamos a la iglesia y las fuerzas armadas, son las que mantienen mayor confianza a lo largo de los años. De hecho, el promedio más alto de confianza, de 1995 a 2018, lo mantienen dichas instituciones sobre las demás (Figura 3). Otro de los puntos a destacar es que la confianza en el gobierno, en todo este periodo, no es mayor al 50 %.

Ciertamente, es necesario analizar con más detalle las implicaciones de la desconfianza en las instituciones y la violencia criminal, como se hizo a partir de la Encuesta Nacional de Violencia Organizada (ENVO), que formó parte del proyecto *Balas y votos: Violencia, política, y ciudadanía*, de la que se estudiaron las actitudes y percepciones en un contexto de violencia, de la ciudadanía y de las élites en México.

El interés de estudiar la cultura política relacionada con la violencia criminal no se dio sino por la situación problemática del país. México ha pasado por múltiples eventos de violencia; su continuidad de más de 30 años en diversas dimensiones, parten de la violencia estructural, machista (desde un punto de vista feminista), y por la criminal, como resultado de los “juegos” de poder en el país, que muy bien estudia Luis Astorga (2015).

Esto es, la violencia criminal es también uno de los resultados de un sistema y políticas implementadas a nivel nacional con relación a los intereses internacionales, el de Estados Unidos, específicamente. Pero se notó con mayor auge, en la última década de los 90, con el aumento de los feminicidios en la región norte del país, en Ciudad Juárez, particularmente (Cervera y Monárrez: 2013). En la actualidad, ya no se habla de una violencia, o de la violencia regional, sino de una violencia generalizada; los niveles de percepción de inseguridad provocada por la violencia han aumentado debido a que la violencia sucede con mayor frecuencia en más y más estados del país.

Las alzas más visibles se vieron a partir del año 2007, en el periodo de “guerra contra las drogas”, en la gestión del expresidente Felipe Calderón. Las explicaciones del aumento de la violencia criminal contaban con la desestabilización de poderes a partir de la transición política en el año 2000, cuando el Partido Revolucionario Institucional (PRI) perdió el poder en diversas zonas del país. Astorga refiere al reajuste y rompimiento de acuerdos entre el poder del partido hegemónico y los grupos criminales. Con la llegada de un nuevo poder en el gobierno, las reglas y los agentes políticos y sociales cambiaron. Con el Partido Acción Nacional en el ejecutivo hubo, pues, una reestructuración del poder a nivel municipal, estatal y nacional (Astorga: 2015).

Luego, con la implementación de políticas antidrogas, o expresamente de la guerra contra las drogas, se dieron los resultados que ya conocemos: el aumento de delitos de alto impacto, en especial, del homicidio.

El proceso de transición de una cultura política autoritaria, característica de la hegemonía del PRI, a una democrática, dada la alternancia política, tuvo resultados inesperados. Si bien, al alternancia mostraba un cambio positivo en la democratización del país, a nivel estructural éste sufrió efectos contrarios. He aquí un dimensionamiento de la relación de la cultura política con los cambios estructurales y con la violencia, que luego, en una forma de ciclo que se reproduce a sí mismo, vuelve a afectar a la cultura política.

Pero si tenemos conocimiento de algunos efectos negativos de la violencia criminal sobre la cultura política, ¿de qué forma se da esta relación? ¿Qué mecanismos participan e intervienen?

La violencia, en sí, modifica aspectos de la vida cotidiana, la cual está implícitamente relacionada con la vida política de cada persona. Cuando nos acercamos a las dimensiones de la cultura política, se encuentra que la violencia afecta en sus tres dimensiones tradicionales: lo cognitivo, lo valorativo y lo afectivo. Primero, porque la violencia influye negativamente sobre el conocimiento político (Söderström: 2018); segundo, porque parece que el juicio y la exigencia hacia el gobierno se vuelven más rigurosos. Tan solo del 2007 al 2014, el número de protestas pacíficas y violentas fueron de un total de 1178 (Serrano: 2016); tercero, porque a nivel afectivo, la desconfianza en las instituciones viene disminuyendo desde hace ya varios años (Cruz: 2000; Nateras: 2018).

Entre otras cuestiones, en el tema de la participación electoral, la violencia se dirige contra aquellos que buscan algún lugar en el poder gubernamental. De acuerdo con el informe de la consultora Etellekt, durante el proceso electoral 2020-2021 se registraron 1066 agresiones en contra de políticos y candidatos a un puesto de elección, de los cuales 102 perdieron la vida (Etellekt Consultores: 2021). La violencia también afecta el comportamiento electoral. En un sentido emocional, los lugares donde hay mayores niveles de violencia pueden envolverse en mayores niveles de abstención o afectar a aquellos partidos que se encuentran en el poder (Ley: 2017).

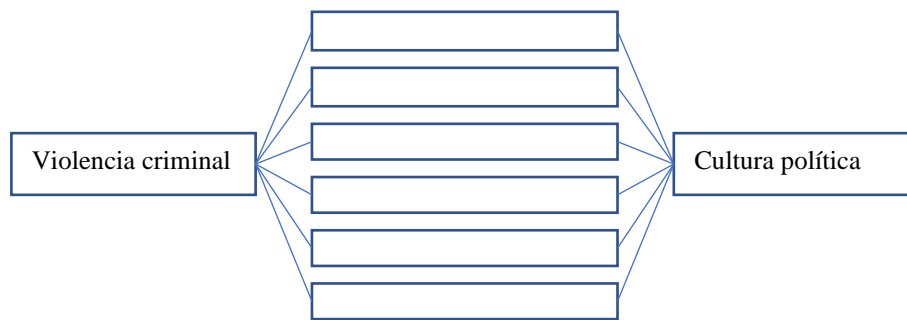
En general, como sugiere Byun-Chul Han (2017): cuando la violencia aumenta, el poder disminuye; en otras palabras, donde la violencia criminal permanece activa, los espacios de poder, de participación, de democracia, se ven disminuidos. Este es el supuesto principal que acompaña la propuesta de trabajo. La afirmación consiste en una de las primeras deducciones que se pueden obtener de los diversos efectos de la violencia: la democracia queda estancada. Su ejercicio, a través de la protesta y la movilización política, es, sí, el ejercicio de los derechos políticos, pero también ejemplifica las problemáticas vividas en el país, además de que quienes *deben* ejercer los derechos democráticos se exponen al peligro de no ejercerla por el hecho de que la violencia se introduce en diversos espacios de socialización.

Conocer las secuelas de la violencia criminal no basta, sobre todo cuando se piensa en términos de políticas públicas que tienen por objetivo defender y mejorar la democracia, defender los derechos humanos y aumentar la seguridad pública. Para ello, otros estudios se han interesado en los mecanismos que explican esta relación. Mecanismos que a su vez derivan de teorías no necesariamente políticas, como los de la psicología, la sociología y la antropología, pero con nuevos aportes para una acción pública más eficiente e integral.

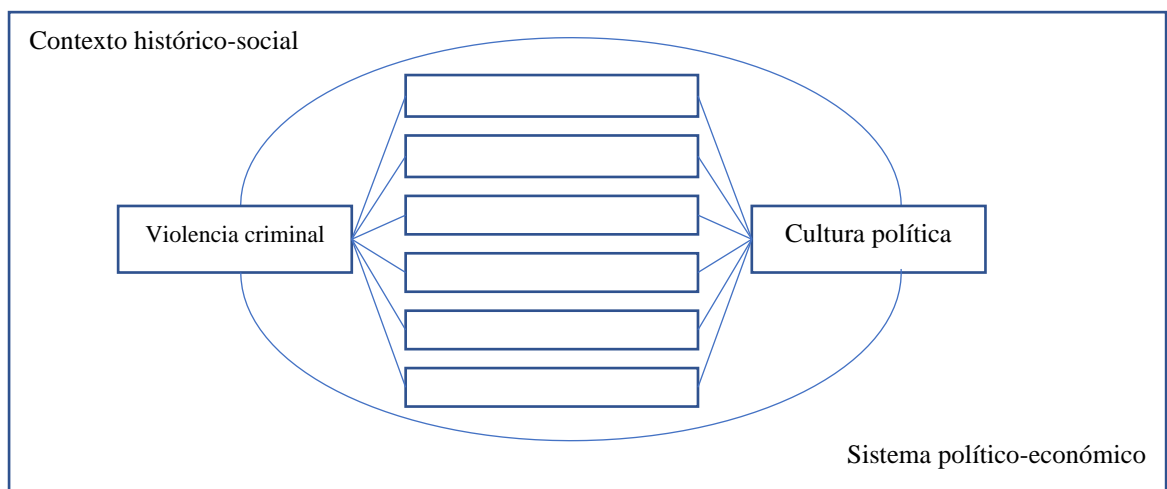
Debido a que la violencia, en general, se manifiesta en variadas formas, primero vale distinguir los tipos de violencia de la manera en que los reconoce Johan Galtung (1998): la violencia directa, la violencia cultural y la violencia estructural-sistémica. Desde el punto de vista de Galtung, la violencia estructural, o sistémica en Han, es la más “mala” de todas, pues produce y reproduce las otras dos violencias. Desde el punto de vista de Han (2016), la violencia sistémica, al ser invisible, y confundirse con la libertad, es provocada por el individuo contra sí mismo.

La violencia directa y cultural son resultado de la violencia anterior, pero ambas se relacionan y pueden incidir en la violencia estructural. Estas relaciones permiten concebir que la violencia criminal, como dimensión de la violencia directa, está inmersa en la violencia sistémica y cultural (simbólica) y que, por lo tanto, la relación con la cultura política no es determinante. La relación es, más bien, indirecta:





Las relaciones son mecánicas. No son, en rigor, causales, pero ilustran la posibilidad de asociaciones. Además, no son independientes del contexto, del carácter situacional de los problemas y de los factores macroeconómicos y políticos. Las relaciones anteriores, con los rectángulos vacíos, son el esquema de posibles mecanismos que pueden vincular uno y otro problema, más allá de las características particulares de cada individuo. El esquema puede complementarse de la forma que sigue:



Es complicado establecer un esquema que exprese la complejidad de los fenómenos sociales. Para el problema en que nos enfocamos, basta con el que esquema anterior. Como se observa, en relación de la violencia criminal y la cultura política, éstas son interdependientes. El sistema cultural es dependiente de los comportamientos individuales, al mismo tiempo que estos están en relación indirecta con las violencias criminales al recurrir al sistema de justicia o, incluso, con actitudes defensivas, como ocurre con los grupos de autodefensas generados a partir de la violencia.

## **Teorías y mecanismos explicativos de la cultura política en contextos de violencia criminal**

Así, vale precisar en los mecanismos explicativos. Como se apuntó con anticipación, una de las consecuencias de la violencia es su influencia sobre el comportamiento electoral, el cambio de partido político a través del voto de castigo e incluso la abstención electoral. El aporte teórico apunta que la forma de participación formal a través de elecciones no implica, como aparenta, la desmovilización política o el alejamiento ciudadano de la esfera pública. Lo que sucede es que cierta parte de la población cambia su forma de participar. El sentido de insatisfacción de la participación formal se dirige a la participación informal, pero aún bajo la legalidad, como son las movilizaciones políticas y las protestas. Por supuesto, no todas las acciones políticas son siempre pacíficas, pero el cambio de sentido de la acción política a partir de la violencia es más visible.

Los estudios sobre movimientos sociales evidencian que algunos de los mecanismos explicativos de estos movimientos son las emociones. Las emociones no se entienden como la contraparte de la racionalidad o del actuar racional (Kuri: 2020). Las emociones forman parte de los procesos sociocognitivos de los individuos. Al enfrentarse a situaciones de riesgo, ciertas emociones se activan. Asimismo, al encarar la violencia, emociones como el miedo y el enojo se hacen presentes, ya sea para alejarse de formas de participación tradicionales (participación electoral), como para integrarse, por el enojo, a las protestas (Bateson: 2012).

Los procesos emocionales, a su vez, dependen del contexto y las situaciones en los que los individuos se desenvuelven. No es que se “activen” emociones por el solo hecho de la violencia, sino que son parte de los procesos perceptivos generados por otros factores: lo que se ve que hace el gobierno para solucionar los problemas, lo que dicen los medios de comunicación (Focás y Kessler: 2015), lo que se vive en el lugar donde se habita, lo que la familia comparte, lo que los amigos dicen. Así, parte de las emociones pueden depender tanto de un contexto de violencia criminal como del proceso de socialización, desde un principio tomado en cuenta por los estudios de cultura política (Smith-Martins: 2000).

De igual manera, se toma en cuenta la percepción de lo que hace el gobierno como de lo que no hace. Estudios, por ejemplo, de la confianza en las instituciones sugieren que ésta depende de las acciones del estado a través de políticas públicas (Tronco: 2012). Esto, de alguna forma, puede cambiar la percepción y, a su vez, la acción política.

De los efectos de la violencia criminal: el alejamiento del espacio público a través de la percepción de inseguridad, la desconfianza en las instituciones, el aumento de las protestas y la legitimización del autoritarismo, son los más comunes en el contexto de los estudios políticos (Cruz: 2000, 2003). Además, mientras las víctimas tienden a participar en mayor medida en protestas, las víctimas lo hacen con en menor medida. De igual manera, las víctimas prefieren la mano dura y viven el sentido del miedo de forma diferente a las no víctimas (Bateson: 2012; Ley: 2015).

Percepciones de los individuos (orientaciones subjetivas) y acciones se pueden asociar. Otra cuestión es el asunto de la legitimidad, necesaria en un sistema democrático, muy vinculada a la afección del régimen y el gobierno. Desde luego, si la desconfianza en las instituciones disminuye por el problema de la violencia, una de las consecuencias está en la deslegitimación de los gobiernos (aquí el tema de la relación bidireccional).

Pueden distinguirse dos tipos de legitimidad: la legitimidad originaria y la legitimidad distributiva. La legitimidad del gobierno es originaria desde el punto de vista de las elecciones. El partido político o el agente político que compite en las elecciones es legítimo desde el momento en que es ganador de ellas. Es legítimo para realizar las acciones (políticas públicas) correspondientes (no necesariamente las requeridas). Las políticas públicas necesarias se evalúan en el proceso de gobierno. La legitimidad distributiva surge de la efectividad de tales políticas o de la percepción de que las políticas lo están siendo, es decir, de que se están resolviendo los problemas públicos. Cuando las políticas públicas no tienen el impacto que el gobierno considera necesario y que los ciudadanos pueden evaluar como favorable, la legitimidad distributiva disminuye.

Legitimidad distributiva y legitimidad originaria se complementan, pero no determinan la cultura política de una sociedad. En las encuestas de cultura política hay algunas preguntas que nos pueden acercar a la medición de la legitimidad, cuestión que no se analizará en este trabajo. Lo que conviene apreciar es que esta legitimidad puede ser tratada como una dimensión de la cultura política y como una variable dependiente de la violencia criminal.

Por otra parte, en México, los estudios del efecto de la violencia con el conocimiento político no son tan frecuentes. Entre los resultados, la violencia tiene un efecto negativo sobre el conocimiento y, nuevamente, la emoción de miedo se considera como el mecanismo explicativo de ella, aunque también se encuentra cierto apoyo de la teoría racionalista, desde la

que se propone que el individuo racionaliza el obtener conocimiento en medio de la violencia (Söderström: 2018).

Otras investigaciones ponen de intermedio ya no mecanismos individuales, sino externos, como los medios de comunicación (Focás y Kessler: 2015). Otro de los mecanismos externos es la identidad o un sentido de solidaridad con quienes sufren la violencia. Aquí se refiere a una forma de reserva moral que se vincula a una ética rebelde y a la indignación moral (Ameglio: 2016). Otros simplemente refieren al sentido de injusticia y de la indignación (Resina: 2020), y otras autoras a las comunidades emocionales, que implican compartir cierta fortaleza emotiva dentro de los movimientos sociales (Jimeno: 2007). Adicionalmente, los mecanismos que favorecen una cultura política participativa es la capacidad para conformar redes. A pesar del miedo, las redes o comunidades emocionales permiten a los individuos, dentro de contextos de violencia, movilizarse, encontrarle un sentido a la organización.

Cada uno de estos mecanismos se ha estudiado por separado y parten de teorías generales como la elección racional, teorías de las emociones, teorías más específicas como la de movilización de recursos y oportunidades políticas. Otras explicaciones recurren al estructuralismo, y otras al culturalismo. La perspectiva de este trabajo es que no se puede desechar completamente ninguno de los marcos teóricos, pero sí es necesario establecer un orden entre ellos para la comprensión del fenómeno y del acercamiento metodológico. En seguida, se describen algunas metodologías que se han acercado al estudio violencia criminal-cultura política.

### **Teorías y metodologías para el estudio de la cultura política en contextos de violencia criminal**

Para el estudio de la cultura política es común utilizar las encuestas. Ya se sabe que, al trabajar con la encuesta, el análisis es en su mayoría cuantitativo. Andreas Schedler (2014) tomó provecho de esta técnica para estudiar las actitudes ciudadanas en contextos de violencia criminal, incluyendo algunas preguntas sobre victimización. En el estudio se da importancia a la ciudadanía en un entorno que busca ser democrático. Pero la violencia criminal se vuelve un obstáculo, no solo porque la violencia se impone por medio del miedo y la incapacidad de resolverla, sino también porque los funcionarios públicos se ven coludidos en ella.

Otros estudios se han hecho por medio de datos agregados, en los que se analizan diversas dimensiones de la cultura política con relación a la violencia y los delitos a nivel mundial (Bateson: 2012). Estos estudios también son cuantitativos y se apoyan de teorías racionales y emocionales para explicar la relación entre la violencia, la victimización, la participación política y las actitudes hacia la democracia.

Otros trabajos se insertan en la “cultura política en acción” para identificar los contenidos político-culturales en los movimientos sociales (López y Tamayo: 2013). Algunos aprovechan para aplicar encuestas de cultura política en estos movimientos y otros más se centran, cualitativamente, en los símbolos expresados en los movimientos y los recursos de expresión y exigencia. Otros más analizan los discursos expresados en movimientos como el de Javier Sicilia, el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad. Asimismo, se trabaja con fotografías y entrevistas en las movilizaciones y galerías (González: 2016; Gutiérrez: 2016; Alzate: 2017). Unos más, apoyándose del diferencial semántico, utilizaron la técnica para investigar los significados de la palabra “política” y “políticos” con ocho emociones: ansiedad-tranquilidad, alegría- rabia, frustración-orgullo y confianza-desconfianza (Corduneanu: 2019).

### **Propuesta metodológica para el estudio de la cultura política en contextos de violencia**

Volvamos al supuesto general: mayor violencia implica menor poder. Este supuesto se sigue de la diferenciación entre violencia y poder. Sí, estas dos categorías no se equiparan, no son iguales. El poder es espacioso, la violencia es destructiva (Han: 2017). El llamado abuso de poder por parte de funcionarios públicos debería llamarse violencia cuando las víctimas se hacen conscientes de ella y cuando el victimario sabe del daño que ejerce. Siempre que exista un daño de un agente a otro, hay violencia, dice Han. El poder, en cambio, es generador de espacios. La organización política, los movimientos sociales, las protestas, se generan por el poder ciudadano, aun cuando a algunas protestas se les categorice como violentas.

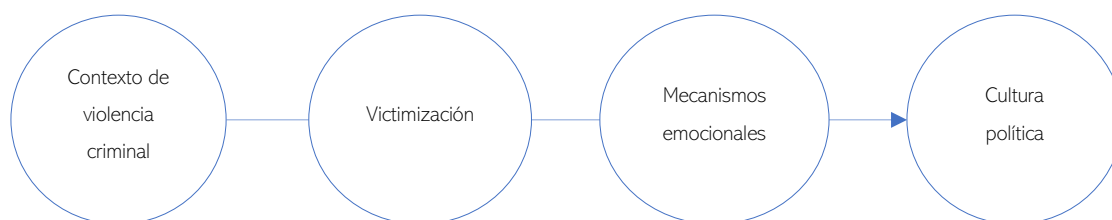
La autopercepción sobre la capacidad para incidir en el gobierno (eficacia interna), el ejercicio del voto, la valoración positiva del gobierno, son ejemplos del “sentimiento de poder”, del ejercicio del poder que permiten las elecciones y del poder que mantiene el gobierno, respectivamente. De esta manera, la cultura política es una categoría de análisis donde se demuestra el poder existente de la ciudadanía, y el poder latente en su relación con el gobierno

y Estado. Si la violencia incide, cada uno de estos agentes, con cierta posibilidad, disminuirá su poder. Para diferenciar una cultura política en el que poder permea con el que no, se diferencia entre una cultura política democrática con una no democrática, pensando en que la democracia permite la participación, la organización, el diálogo y las actitudes de respeto, solidaridad, tolerancia, pluralidad, entre otros. La democracia, pues, es espaciosa.

Las ideas plasmadas deben estar inmersas y vinculadas siempre con la metodología. Los estudios más recientes dejan entrever la necesidad del uso de metodologías cualitativas, cuantitativas y mixtas. En nuestra propuesta de investigación, se retoma una metodología mixta. Entre las varias, se asume la metodología secuencial explicativa, una metodología que parte del análisis cuantitativo para explicar, por medio de la metodología cualitativa, los aspectos más relevantes de la investigación que se obtendrá por medio del análisis precedente.

Otras de las implicaciones de la investigación, es el uso de dos espacios subnacionales que, por sus características, permiten observar la influencia de la violencia a nivel contextual. Por ello se considera, además de realizar el trabajo en un espacio con altos niveles de violencia criminal, ubicarse en uno con bajos niveles. En la investigación, resaltan Ciudad Juárez, Chihuahua, y Mérida, Yucatán. Para establecer cierto control sobre la influencia de la violencia, se sugiere medir los niveles de percepción de inseguridad y relacionarla con la cultura política. A esta relación se añaden las emociones como variables intervinientes. En el trabajo, se retoman las emociones positivas y negativas con el fin de poder diferenciar entre los efectos de la violencia sobre estas emociones y cómo se relacionan con la variables de la cultura política, particularmente en sus dimensiones cognitivas, sentimentales, valorativas y prácticas.

Finalmente, se propone distinguir entre víctimas y no víctimas de algún delito sea de alto impacto o no. Se distinguirá, además, entre las no víctimas con y sin familiares víctimas de la violencia, con el fin de observar si hay alguna influencia estas situaciones. El esquema de relaciones se propone de la forma siguiente.



Las técnicas de investigación sugeridas son las siguientes:

1. La encuesta de cultura política (o cultura cívica). Independientemente de los antecedentes que hay por los académicos del CIDE, se retomarán preguntas de la ENCUP última y de la ENCUCI.
2. El diferencial semántico: para medir de forma directa y subjetivamente las emociones generadas por el gobierno y sus instituciones.
3. Para medir las emociones hay dos posibilidades viables: la primera, es medir a través de la categoría “clima emocional” (Páez *et al.*: 1997). Sin embargo, esta categoría es redundante de la medición de las emociones sobre el gobierno y de las emociones en un contexto. La otra opción, que se considera más pertinente, es medir estados emocionales, de la forma en que se ha realizado por el INEGI a través la encuesta de Bienestar subjetivo. Cualitativamente, se puede asistir al trabajo por fotografías o por entrevistas semiestructuradas para conocer la opinión sobre los objetos políticos y las emociones que les genera a las víctimas.
4. Sobre la victimización es posible retomar las preguntas de la Encuesta Nacional de Víctimas y Percepción de Inseguridad (ENVIPE) o algunas de las propuestas en la ENVO y el Latinobarómetro.

Solo cabe aclarar que se presentan algunas dificultades en la elección de las preguntas. Las encuestas de cultura política tienden a ser extensas, lo mismo que las de victimización. Lo fundamental es diferenciar entre víctimas y no víctimas y cultura política democrática con la no democrática. Importante también será la parte cuantitativa, ya que de esto depende la aplicación de las técnicas cualitativas. Las ventajas con el planteamiento es que se puede abordar, con una delimitación adecuada, de forma más compleja la cultura política en contexto, considerando mecanismos emocionales y diferenciando entre víctimas y no víctimas.

## **Conclusiones**

Se han expuesto los antecedentes del estudio de la cultura política en contextos de violencia criminal y, al final, se ha dado una propuesta de investigación en la que se implican cuatro categorías esenciales: violencia criminal, cultura política, emociones y victimización. Lo importante es destacar las ventanas de oportunidad para continuar las investigaciones en estos

campos. Además de lo descrito, hay otros temas posibles de abordar sin salirnos de la cultura política; por ejemplo, profundizar en casos de víctimas de la violencia o en aquellas que son activistas en medio de la violencia criminal. Asimismo, profundizar en otros mecanismos, los morales, por ejemplo, y apoyarse de teorías racionalistas para comprender las actitudes frente a la violencia y la acción del gobierno.

Así también, triangular técnicas y análisis de investigación puede permitir la mejor comprensión del problema en tales contextos, ya sea por espacios subnacionales o por acontecimientos o elementos situacionales, sin desvincularnos del marco teórico, que en ocasiones pasa desapercibido en los trabajos de investigación. Cuando el marco teórico está inmerso en un trabajo empírico, el problema puede comprenderse mejor, en sus distintas aristas, y con ello se pueden buscar soluciones e intervenciones diversas que favorezcan la democracia y los derechos humanos.

## **Referencias consultadas**

Almond, Gabriel. 1995. “El estudio de la cultura política”, *Estudios Políticos*, (7), pp. 159–179. doi: <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.1995.7.59578>.

Almond, Gabriel y Verba, Sidney. 1970. *La cultura cívica: Estudio sobre la participación democrática en cinco naciones*. Madrid: Euramérica.

Alzate, Mary Luz. 2017. “Acciones colectivas frente a situaciones de violencia en el México del último lustro. Un análisis desde la decisión y el reconocimiento de sujetos políticos”, *Análisis Político*, 30(89), pp. 127–151. doi: 10.15446/anpol.v30n89.66221.

Ameglio, Pietro. 2016. “Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad: construir paz en la guerra de México”, *Polis. Revista Latinoamericana*, (43), pp. 1–17. Disponible en: <https://journals.openedition.org/polis/11539> (Consultado: el 30 de marzo de 2020).

Astorga, Luis. 2015. “¿Qué querían que hiciera?”: Inseguridad y delincuencia organizada en el gobierno de Felipe Calderón. Distrito Federal: Grijalbo.

Bateson, Regina. 2012. “Crime Victimization and Political Participation”, *The American Political Science Review*. [American Political Science Association, Cambridge University Press], 106(3), pp. 570–587. doi: 10.1017/S0003055412000299.



- Cervera, Luis y Monárrez, Julia. 2013. “Geografía de la violencia en Ciudad Juárez, Chihuahua”, El Colegio de la Frontera Norte. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, p. 216. Disponible en: [https://www.researchgate.net/publication/327895118\\_Geografia\\_de\\_la\\_Violencia\\_en\\_Ciudad\\_Juarez\\_Chihuahua](https://www.researchgate.net/publication/327895118_Geografia_de_la_Violencia_en_Ciudad_Juarez_Chihuahua).
- Corduneanu, Victoria. 2019. “El papel de las emociones sociales y personales en la participación política”, *Revista Mexicana de Opinión Pública*, 14(26), pp. 71–96. doi: 10.22201/fcpys.24484911e.2019.26.66903.
- Cruz, José Miguel. 2000. “Violencia, democracia y cultura política”, *Nueva Sociedad*, 167, pp. 132–146. Disponible en: [http://nuso.org/media/articles/downloads/2856\\_1.pdf](http://nuso.org/media/articles/downloads/2856_1.pdf) (Consultado: el 30 de marzo de 2020).
- Cruz, José Miguel. 2003. “Violencia y democratización en Centroamérica: el impacto del crimen en la legitimidad en los regímenes de posguerra”, *América Latina Hoy*, 35, pp. 19–59. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/308/30803502.pdf> (Consultado: el 30 de marzo de 2020).
- Etellect Consultores. 2021. Séptimo Informe de Violencia Política en México: Proceso electoral 2020-2021. Disponible en: <https://www.etellect.com/informe-de-violencia-politica-en-mexico-2021-J21-etellect.html>.
- Focás, Brenda. y Kessler, Gabriel. 2015. “Inseguridad y opinión pública: debates y líneas de investigación sobre el impacto de los medios”, *Revista Mexicana de Opinión Pública*. Universidad Nacional Autónoma de México, 19, pp. 41–59. doi: 10.1016/j.rmop.2015.07.001.
- Galtung, Johan. 1998. *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Bilbao: Gernika.
- Geertz, Clifford. 2003. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- González, David Eduardo. 2016. “Emociones y cultura política: análisis de las galerías de la memoria presentadas por el Capítulo Bogotá del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice)”, *Estudios Políticos*, (48). doi: 10.17533/udea.espo.n48a09.
- Gutiérrez, Silvia. 2016. “El papel de las emociones en la conformación y consolidación de las redes y movimientos sociales”, en Ariza, M. (ed.) *Emociones, afectos y sociología: diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*. Ciudad de México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, pp. 399–440.

- Han, Byung-Chul. 2016. *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul. 2017. *Sobre el poder*. Barcelona: Herder.
- Hernández, Ma. Aidé y Coutiño, Fabiola. 2019. “Cultura política: una revisión de los distintos enfoques. Hacia la construcción de una propuesta conceptual”, en Hernández, M. A. y Muñoz, A. (eds.) *Cultura política en México: El estado del arte y los desafíos de estudios a nivel subnacional*. México: IEEPO-Sociedad Mexicana de Estudios Electorales, AC, pp. 23–74.
- Jimeno, Myriam. 2007. “Cuerpo personal y cuerpo político. Violencia, cultura y ciudadanía neoliberal”, *redalyc.org*, (63), pp. 15–34. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/791/79106302.pdf> (Consultado: el 30 de marzo de 2020).
- Kuri, Edith Elvira. 2020. “Explorando el papel sociológico de las emociones en el movimiento social de Atenco, México”, *Papers. Revista de Sociologia*, 105(4), pp. 535–560. doi: 10.5565/rev/papers.2651.
- Ley, Sandra. 2015. “Violence and Citizen Participation in Mexico: From de Polls to the Street”, *Woodrow Wilson International Center for Scholars*, pp. 3–26. Disponible en: [https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/Violence and Citizen Participation in Mexico\\_0.pdf](https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/Violence%20and%20Citizen%20Participation%20in%20Mexico_0.pdf).
- Ley, Sandra. 2017. “Electoral Accountability in the Midst of Criminal Violence: Evidence from Mexico”, *Latin American Politics and Society*. John Wiley & Sons, Ltd, 59(1), pp. 3–27. doi: 10.1111/laps.12008.
- López, Alejandro y Tamayo, Sergio. 2013. “Presentación. ¿Cultura política? Experiencias y debates”, en López, A. y Tamayo, S. (eds.) *Cultura (y) política*. 1a ed. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 13–59.
- Nateras, Martha Elsa. 2018. “Las autodefensas en Michoacán, México: ¿rescate de la ciudadanía ante la violencia?”, *Opinión Jurídica*, 17(33), pp. 149–172. doi: 10.22395/ojum.v17n33a6.
- Páez, Darío. et al. 1997. “Clima emocional: Su concepto y medición mediante una investigación transcultural”, *Revista de Psicología Social*, 12(1), pp. 79–98. doi: 10.1174/021347497320892045.
- Resina, Jorge. 2020. *Sociedades enojadas: buscando las bases para nuevos acuerdos democráticos en América Latina*. Madrid. Disponible en: [https://chile.as.com/chile/2019/10/26/videos/1572060393\\_114593.html](https://chile.as.com/chile/2019/10/26/videos/1572060393_114593.html) (Consultado: el 1 de febrero de 2021).

- Ritzer, George. 1993. “El funcionalismo estructural y la alternativa de la teoría del conflicto”, en Ritzer, G. (ed.) *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw-Hill, pp. 103–154.
- Schedler, Andreas. 2014. *Ciudadanía y violencia organizada*. Ciudad de México: CIDE. Disponible en: <http://datos.cide.edu/bitstream/handle/10089/17085/REP.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.
- Serrano, Daniela. 2016. *Protestar contra la violencia criminal sin morir en el intento*.
- Smith-Martins, Marcia. 2000. “Educación, socialización política y cultura política. Algunas aproximaciones teóricas”, *Perfiles Educativos*, 22(87), pp. 76–97.
- Söderström, Johanna. 2018. “Fear of Electoral Violence and its Impact on Political Knowledge in Sub-Saharan Africa”, *Political Studies*. SAGE PublicationsSage UK: London, England, 66(4), pp. 1–18. doi: 10.1177/0032321717742835.
- Tronco, José del. 2012. “Las causas de la desconfianza política en México”, *Perfiles Latinoamericanos*, 20(40), pp. 227–251.